

Junio de 1900, aun cuando cree que se podría aconsejar al autor alguna mejora que le diese todavía mayor importancia. Una de ellas sería que en las tablas se escribieran en latín los nombres de los meses cristianos, para que pudieran ser manejadas cómoda é indiferentemente por los eruditos de todas las naciones, sin hacer más que una sola tirada de ellas. Con el mismo objeto convendría escribir en árabe los nombres de los meses musulmanes encima de sus transcripciones á la española, con todo lo cual, para que el libro tuviera aceptación en el extranjero, bastaría hacer una edición especial latina ó francesa del corto número de páginas de la introducción.

No vendría mal en una obra de tal importancia una noticia de las fuentes de conocimiento de la cronología musulmana, ni tampoco estaría de más un cuadro de fechas concordantes sacadas de documentos diplomáticos, de los cuales es evidente que el señor Jusué ha tenido muchos á la vista.

Por todo lo expuesto, la Academia entiende que la obra objeto de este informe es original, de relevante mérito y de gran utilidad para el estudio de la Historia, por lo cual se halla de lleno comprendida en las disposiciones del Real decreto de 1.º de Junio de 1900.

Madrid, 3 de Octubre de 1902.

EDUARDO SAAVEDRA.

III

DOS ANTIGUAS RELACIONES DE LA FLORIDA

Don Jenaro García es un vecino de México, más ó menos aficionado á las letras y á la Historia, y que ha publicado recientemente en aquella culta capital *Dos antiguas relaciones de la Florida*. Ya lo conoce de antes la Academia, porque hace poco

tiempo publicó también una obra, titulada *Carácter de la conquista española en América y en Méjico*, de cuyo trabajo, del espíritu profundamente anti-católico y anti-español en que está inspirado, del criterio soberanamente injusto que en todo él campea, dió en su día buena y debida cuenta nuestro eminente compañero, el Secretario perpetuo de esta Real Academia D. Cesáreo Fernández Duro, en un informe, como suyo, que de seguro los señores Académicos no han olvidado. El escritor mexicano hace á la Academia lo que en aquel antiguo juego, tan frecuente en mi mocedad, un favor y un disfavor; nos hace el favor de regalarnos sus libros, pero haciéndonos en ellos el disfavor de injuriar y de maltratar á España. No queda lugar para agradecerle lo primero, doloridos como nos deja la injusticia de lo segundo.

Hoy, animado siempre de iguales sentimientos, vuelve á la palestra D. Jenaro García, publicando las dos antiguas *Relaciones de la Florida*, sobre cuyo libro nuestro digno Director ha querido que fuera yo quien informara á la Academia, sin fijarse acaso en que cualquiera otro de nuestros doctos compañeros hubiera cumplido muchísimo mejor esta comisión, por ser tan escasa mi competencia en asuntos de América, como confieso sin rubor ante vosotros. Afortunadamente, no es el nuevo libro del señor García tan importante que escape á mi poco dominio de la materia, como trataré de hacer ver á la Academia en los cortos renglones que constituyen la presente noticia.

Por de pronto, las dos *Relaciones* en cuestión, que pomposamente anuncia D. Jenaro, son publicadas por primera vez por él, nada dicen que no se sepa ya, principalmente la más importante, concerniente á la vida y hechos del insigne asturiano Pedro Menéndez de Avilés, por fortuna tan conocidos después de los notables estudios del difunto Académico D. Jacobo de la Pezuela y de la obra especial de D. Eugenio Ruidíaz, por esta sabia Corporación premiada.

Toda la novedad, casi la única novedad de la última publicación del Sr. García está en las 102 páginas primeras, que son en la mayor parte de su propia cosecha, en el *Proemio ó Prefación*, que se compone de los tres capítulos siguientes: 1.º, *Noticias*

bio-bibliográficas, donde se contienen las de los dos autores de las *Relaciones*, Bartolomé Barrientos y Fr. Andrés de S. Miguel; 2.º, *La Florida*, con breve noticia de la vida de cada uno de sus descubridores primitivos; y 3.º, *Los naturales de América bajo la dominación española*, reducido á páginas sobrado escasas para materia tan interesante.

Nada en realidad nuevo dice el Sr. García, ni de los dos autores de estas *Relaciones* antes, ni de los descubridores de la Florida después; y desde luego malhumorado con Barrientos, cuyo hondo sentido religioso y cuyo absoluto españolismo no pueden ser de su gusto, aunque confiesa á regañadientes que con razón lo calificó Quevedo de *doctísimo maestro*, cierra con pueril enojo contra la ortografía de aquél, acusándole con inconcebible candor de que la *descuidara totalmente*, por el enorme pecado de que el escritor usaba la ortografía de su tiempo.

Y aquí el Sr. García, olvidándose de que ha de ser

el que ha de reprender, irrepreensible,

queda convicto y confeso de no estar en poco ni en mucho familiarizado, no ya con los manuscritos, pero ni aun con los impresos de aquella época, desconociendo, al parecer, el significado de la constante tilde con que se marcaba la letra ausente, y aspirando, por lo visto, á que Bartolomé Barrientos escribiera en pleno siglo xvi con la ortografía que en el siglo xx nos enseña el Diccionario de la Real Academia Española.

Más benévolo y hasta amable con Fr. Andrés de S. Miguel, como que su *Relación de los trabajos de la gente de la Nao La Merced* no se roza para nada con el recuerdo del descubrimiento y conquista de aquellos países, que parece ser donde más duele al Sr. García, échale en cara, sin embargo, como al anterior, su mala ortografía, que á pesar de que escribió cincuenta años más tarde, no iba en zaga á la de Barrientos, como era natural.

Dejando de lado estas mínimas y anacrónicas censuras, que demuestran bien la poca autoridad de D. Jenaro para recopilador y publicador de códices antiguos, y entrando en el fondo de

las ideas que aquí y allá, á través de las innumerables citas y párrafos ajenos, esmaltan dicho prefacio, lo que en primer término aparece es una ciega pasión contra la nación descubridora, un rencoroso desvío contra la España de todos los tiempos; contra la España del siglo xvi, representada por sus conquistadores, sus misioneros, sus soldados y sus gobernantes; contra la España presente, representada por los que hoy cultivan entre nosotros los estudios históricos y tratan noblemente de vindicar á la patria agraviada y escarnecida de tan injustificados ataques.

Él dice que sólo se guía por el amor de la ciencia y de la verdad, y cierra á tambor batiente contra los historiadores españoles, á quienes declara culpables de violarlas frecuentemente, sólo movidos *con* (esta es la preposición que emplea) sentimientos mezquinos de *neccio y retrógrado patriotismo*.

Para sostener sus tesis, resume á su manera los hechos de los principales héroes de aquella conquista, Juan Ponce de León, Lucas Vázquez de Aillón, Pánfilo de Narváez, Hernando de Soto, Pedro Menéndez de Avilés, truncando textos y entretejiéndolos á capricho, olvidándose de que en todas partes está desacreditado este sistema de escribir la Historia, desde que alguno se fijó en lo que dice el *Credo* cuando se comienza en *Poncio Pilato*. Pero sin poder evitar que aun así aparezcan en el fondo de su relación, más ó menos veladas y confusas, las verdaderas hazañas, las energías sobrehumanas, los trabajos y los sacrificios de aquella generación de gigantes, á quienes se debe la conquista y la civilización del Nuevo Mundo.

Para tratar de esta nobilísima cohorte de *matadores de indios*—así los llama—de hombres *rudos y crueles por raza*, que ni poblaron ni conquistaron la tierra, sino que la asolaron y la devastaron, sin duda por amor al arte, según ha descubierto el culto ciego á la verdad del Sr. García, prescinde generalmente D. Jenaro hasta de las apreciaciones de los escritores anglo-americanos, muchas veces imparciales, sin perjuicio de acoger amorosamente sus conceptos cuando son de censura para nosotros. En cambio, la imparcialidad más austera, el más vivo amor de la ciencia, llegan á las más grandes alturas en el prefacio de que

trato, cada vez que hay que juzgar á los hugonotés franceses que intervinieron en las expediciones de aquel mismo tiempo. Inspirados por el Almirante Coligny, *ardiente patriota, más deseoso del bien público que del suyo propio*, aparecen ante los ojos del Sr. García Jean Ribaut y René de Laudonnière, hombre el uno de corazón y de consejo, austero y probo personaje el otro, y hasta el célebre John Hawkings, hombre de bien y *caritativo negrero*, especie de D. Juan de Robres inglés.

Todos estos caballeros cumplidísimos, que no cabían en su propio país, donde los esperaban la horca ó el presidio, resultaban del lado allá del Océano inmejorables sujetos, verdaderos patriarcas, dulces y paternales con los indios, recibidos en cambio por éstos con franco regocijo y muy cordial agasajo; hombres de alto nivel moral, contraste vivo y chocante con los bandidos españoles; culpables cuando más de faltas ligerísimas y menudas, nunca de los enormes crímenes con que se manchaban á cada paso los soldados de Castilla. Cuando el Embajador de la Señoría de Venecia Donato calificaba á los hugonotes de la Florida de *venturieri, per non dir vagamondi*; cuando otros los tenían por gente condenada en Francia á muerte, á galeras ó á presidio, y los mismos escritores franceses no protestantes los consideraban como perturbadores en su tierra y piratas en la mar, de quienes aquellos gobernantes sólo deseaban verse libres, fuera como fuera, ¡cuán distantes estaban, aunque coetáneos, de estas verdades históricas que nos han revelado á estas alturas la absoluta imparcialidad y el solo amor de la ciencia de D. Jenaro García! Por fin, para no dejar nada en el tintero, hasta la figura única y venerada de la Reina Católica merece las amargas censuras del escritor mexicano, en cuanto á sus opiniones y á su conducta con los indígenas de América, negando la suma bondad y rectitud, la dulzura y la entereza de aquella mujer admirable y soberana sin igual, que en su testamento y en su codicilo dictaba á sus herederos la suprema recomendación para que «non consientan nin den lugar que los yndios vecinos e moradores de las dichas yndias e tierra firme ganadas e por ganar, reciban agravio alguno en sus personas nin bienes, mas manden que sean bien e justa-

mente tratados, e si algund agravio han recibido lo remedien».

No; hay que juzgar de más arriba toda aquella maravillosa epopeya de la obra española en América, aplicándole más que á empresa alguna el *distingue tempora et concordabis jura*, que no han de olvidar jamás los que honradamente se consagren al estudio de la Historia. ¿Quién desconoce que aquellas brillantes páginas están en muchos momentos obscurecidas por hechos lamentables, hijos de la condición humana, inevitables en la guerra, inseparables de toda conquista, huella forzosa de toda invasión y de toda lucha? ¿Qué historiador español contemporáneo, de esos á quienes tan malamente juzga el Sr. García, asegura que todo es perfecto, y acabado, y sin sombras, en el cuadro grandioso de la obra de los españoles en América? En medio de esa labor extraordinaria, que será eternamente la honra de la gran familia española en los anales de la humanidad, hubo necesariamente faltas, hubo manchas, hubo crímenes, que, según la frase de nuestro inmortal poeta,

culpa fueron del tiempo, y no de España;

pero, ¿qué digo del tiempo? ¿Es que acaso en nuestros días las guerras de conquista, hasta sobre otros pueblos civilizados, se hacen á nuestros ojos en otra forma, cuatro siglos después de que vivieran esos Narváez, esos Sotos y esos Avilés, objeto de los furiosos anatemas del Sr. García?

No; entre lo constantemente laudatorio y la censura injustificada y acre, entre la apología y el libelo, hay un término medio prudente y mesurado, donde tiene su sitio el historiador que se respeta. Censuremos, si se quiere, el detalle sombrío y triste, casi siempre inevitable, y descubrámonos con admiración ante la obra grandiosa, que sólo los espíritus mezquinos pueden en absoluto desconocer.

Y además, ¿por qué esa pasión contra los conquistadores españoles en el ánimo de un hombre que se apellida García? Debemos á nuestros padres en la Historia todo respeto, como se lo debemos en la vida. Esos indios tan admirados del escritor mexi-

cano, esos franceses por quienes siente tantas simpatías, ¿qué tienen que ver con él? Sangre española corre seguramente por sus venas, y esas glorias de los conquistadores españoles serán probablemente glorias de su raza y hasta de su nombre. Lo que la epopeya del descubrimiento de América representa de heroico y de grande constituye un patrimonio moral, común á los habitantes de España y á los de la América presente: los pueblos no se componen sólo, como ha creído el grosero individualismo de nuestra época, ya entre todos los pensadores en derrota y en fuga, de los seres vivientes en cada país en momento determinado de su historia, sino siempre con ellos de los que fueron y de los que serán. Vivimos á toda hora con los que pasaron y con los que han de venir, sin lo cual todo concepto de patria fuera vano y sin significación alguna.

Levanten, pues, un poco el espíritu y el corazón esos que se llaman allí amantes de la verdad, de la Historia y de la ciencia, y sacrifiquen en sus altares pueriles rencores y odiosidades injustas y trasnochadas. Piensen en el profundo concepto que se encierra en aquellos famosos versos que les consagró el Duque de Frías:

... odio, venganza,
nos juraréis cual pérfidos hermanos;
mas ya del indio esclavos ó señores,
españoles seréis, no americanos!

F. FERNÁNDEZ DE BÉTHENCOUR.

Madrid, 21 de Noviembre 1902.

IV

DOS BASÍLICAS ALAVESAS

En concepto del que suscribe son de relevante mérito las Monografías escritas por D. Manuel Díaz de Arcaya, Cronista de Álava, é intituladas: *Armentia, su obispado y su basílica de San Andrés; la basílica de Nuestra Señora de Estibaliz*. Aunque la